

**FRANCISCO SEGUNDO SÁNCHEZ ALVARADEJO,
ENIGMA HISTÓRICO.**

POR

PATRICIO HERRERA LÓPEZ

Académico de Número

“Muchachos: la contienda es desigual, pero, ánimo y valor. Nunca se ha arriado nuestra bandera ante el enemigo y espero que no sea ésta la ocasión de hacerlo.

Por mi parte, yo os aseguro, que mientras yo viva, esa bandera flameará en su lugar y si yo muero, mis oficiales sabrán cumplir con su deber”.

Luego, se quitó la gorra y nos gritó un ¡Viva Chile!, que nos llegó al alma, la tripulación entera le contestó ¡Viva!, como una sola garganta.

Como estábamos cerca de costa dicen que nuestro grito se escuchó claramente hasta... ¡perdón!, les ruego que me disculpen pero siempre que relato este episodio de mi vida, me ocurre lo mismo, olvido presentarme:

Soy Francisco Segundo Sánchez Alvaradejo, tercer oficial de la “*Esmeralda*”, el día 21 de mayo de 1879. Yo era el oficial instructor de artillería y después de la muerte de nuestro comandante, pasé a cubrir el puesto de 2º del teniente Uribe.

Hoy, soy un olvidado de la historia, incluso sé de rumores y antojadizas versiones que se han creado en torno a mi desempeño en esa memorable fecha, por esa razón agradezco la posibilidad que me dieron para contarles parte de mi vida.

A los amables lectores les pido que me disculpen si algunos detalles se me han olvidado, pero... ¡son bastantes los años transcurridos!



Nací en Chiloé, un 4 de octubre de 1851. Mis padres, don Juan José Sánchez Garay y doña Juana Alvaradejo Bontes, eran vecinos muy queridos y respetados de Ancud.(1)

Pasados unos cuantos años de feliz infancia y luego de elevada mi postulación, mediante un decreto del Ministerio de Marina, fechado el día 21 de marzo de 1862, fui nombrado cadete naval por la provincia de Ñuble.(2)

El día 8 de abril del mismo año, ¡pareciera que fue ayer!, ingresé a la Escuela Naval,(3) y no como dicen algunos, que yo habría ingresado a la Escuela Militar. Cuatro años más tarde, el 11 de enero de 1866, me nombraron guardiamarina sin examen (4) y no aspirante de marina como por ahí he leído. Este nombramiento pudo demorarse más tiempo, pero los españoles nos habían bloqueado el puerto de Valparaíso y la guerra inminente apuraba notoriamente el paso de la burocracia.

Tendría cerca de quince años de edad cuando me embarqué en el “Lautaro”, bajo las órdenes del Comandante don Luis Alfredo Lynch Zaldívar, hermano del más tarde famoso Don Patricio.

Nos desplazamos hasta Abtao, donde me traspasaron temporalmente a la “Esmeralda”, bajo las órdenes del futuro almirante don Juan Williams Rebolledo, en ese entonces Capitán de Navío (5). De la vieja corbeta fui trasladado a la “Covadonga”.

Me recuerdo que el día 5 de febrero de ese año me presenté al Comandante Manuel Thompson, bajo sus órdenes recibí mi bautismo de guerra, en el combate de Abtao, donde por vez primera sentí estremecerse mi pecho con el tronar de los cañones.

Como prácticamente no hubo bajas y el éxito de nuestro comandante cubrió a todos de gloria, la experiencia fue grata, más aun cuando recibí, inesperadamente, mi primera condecoración de guerra, enviada por el gobierno de Bolivia (6).

Luego de concluída esa desastrosa e inexplicable guerra, fui traspasado al vapor “Ancud”, donde me correspondió participar en el desembarco de fuerzas militares en tierras mapuches. Recuerdo que el 8º de línea ocupó Toltén, Queule y otras localidades, ¡qué manera de pelear la de esos aborígenes!(7). Continué mi

carrera naval en la “*Covadonga*”, la “*Abtao*” y otras naves donde cumplí labores de todo tipo, viajes de instrucción, trabajos hidrográficos, un viaje de apoyo a damnificados por el terremoto de 1868 en el norte, transporté víveres y colonos a Magallanes, e incluso visité Juan Fernández, hermosa isla con amable población e impresionante vegetación.

Embarcados en la “*O’Higgins*”, en 1870, zarpamos bajo las órdenes del capitán de navío José Anacleto Goñi, con un curso de guardiamarinas, cadetes y aprendices de marinero. Era el primer viaje de un buque de guerra chileno a la lejana y enigmática Isla de Pascua, recuerdo que el oficial del detall era don Arturo Prat, siempre tan ponderado y estudioso.

Olvidé mencionarles que el día 29 de julio de 1868 fui ascendido al grado de guardiamarina examinado, como también, tres años y medio más tarde, al de teniente 2° (1872) (8).

Continué mis períodos de embarque en la “*Esmeralda*”, la “*Chacabuco*” y la “*Magallanes*”, naves donde conocí a valiosos jefes de la talla de Enrique Simpson, Galvarino Riveros, al alegre Carlos Condell y al esforzado e inteligente Jorge Montt.

1875 fue un año muy especial en mi carrera naval. Al regreso de una dura y extensa comisión de señalización marítima en la zona austral, me llamaron a calificar servicios, lo que significaba quedar prácticamente retirado de la marina. Esta situación duró once meses que fueron bastante difíciles para mí, finalmente el 13 de Setiembre de 1876 fui llamado nuevamente a las filas de mi querida Armada. La causa que provocó esta sanción me la reservo puesto que no fue relevante, toda vez que al reintegrarme a mis funciones, el alto mando tuvo a bien mantenerme en la misma antigüedad que tenía al ser alejado de mis labores (9), más aún, grata fue mi sorpresa al constatar que me habían transbordado a la “*Esmeralda*” en viaje de instrucción de guardiamarinas, de esta forma se ponía término a mi castigo con un premio. Esa navegación siempre me ha traído buenos recuerdos, fue muy hermosa, tocamos Tahiti y estuvimos algunos días fondeados en Papeete. ¡Les aseguro que las experiencias vividas en las islas polinésicas no se olvidan fácilmente!.

El 25 de septiembre de 1877 ascendí a teniente 1° graduado. Recuerdo que, ya en posesión de ese grado, zarpamos a la zona austral a bordo de la Corbeta “*O’Higgins*” (10), íbamos en auxilio del gobernador de Punta Arenas, Coronel (E) don Diego Dublé Almeyda, quien había sido atacado por una turba de artilleros sublevados. Estos efectivos pertenecían a la compañía llamada “Fija de Artillería para la Guarnición del Estrecho de Magallanes”, repartición militar creada en 1850, compuesta por personal que, debido a sus bajas calificaciones y mal rendimiento militar, eran prácticamente sancionados con esa destinación. Se habían sumado a la

revuelta algunos relegados y presidiarios del penal, así es que la situación se había tornado muy grave (11).

No obstante lo anterior, el gobernador había logrado llegar hasta la cañonera “*Magallanes*” y con la ayuda de don Juan José Latorre, habían sofocado la revuelta.

Posteriormente formé parte de un consejo de guerra, a petición del Teniente Coronel Eckers, gobernador subrogante mientras Dublé Almeida se recuperaba de sus heridas.

Largo sería relatarles la ingrata y pesada tarea de hacer justicia, condenamos a pena de muerte a nueve reos detenidos y a otros 81 que se escaparon a la Argentina.

Los siguientes años fueron normales hasta que las relaciones con países vecinos comenzaron a complicarse. Fui transbordado de la “*O’Higgins*” a la “*Magallanes*”, luego a la “*Chacabuco*” (12) y posteriormente de regreso a la vieja “*Esmeralda*”, esta vez bajo el mando de Thompson. Corría el 29 de febrero de 1879 (13).

A partir de ese momento esperaría a bordo de la vieja “*Mancarrona*”, como solíamos llamarla cariñosamente, al resto de mis compañeros que tenían cita, al igual que yo, con el “*Huáscar*” el día 21 de mayo de ese mismo año.

El 11 de ese mes fue designado Comandante del buque don Arturo Prat Chacón, no podía la Divina Providencia haber escogido un mejor hombre para dirigirnos en la contienda que se avecinaba.

Después que la escuadra zarpó rumbo a El Callao nos quedamos a cargo del aburrido bloqueo de Iquique. Los marinos de guerra gustamos de la acción y no de la espera, por esa razón el estado de ánimo que nos invadió, cuando vimos zarpar a la escuadra, fue de una amarga frustración (14).

Algo digno de mencionar es que mi comandante en algún momento del día 20 de mayo dijo: “¡Mañana será un gran día para Chile!”. Obviamente pensaba en la acción sorpresiva y, probablemente, exitosa de nuestra escuadra en El Callao. El tiempo le daría la razón... pero ¡de qué manera!, ¡cuándo se iba a imaginar que éramos precisamente nosotros, a bordo de esas viejas naves, los escogidos para cubrir de gloria el pabellón nacional!.

Eran más o menos las 08:30 horas de la mañana cuando un vigía de la “*Covadonga*” avistó los humos en el horizonte. De inmediato se oyó el toque de atención, nuestro comandante desde la toldilla lanzó la inmortal arenga que electrizó a todos. Desde ese momento la gente pareció alistarse para un triunfo en

lugar de prepararse para enfrentar a un enemigo muy superior al cual había pocas o, mejor dicho, nulas posibilidades de vencer.

Ese fue el efecto de las palabras del comandante, profundamente admirable fue el que hubiese podido traspasarnos en sólo unos instantes, su valor, su serenidad y su increíble amor a la patria. Al primer espolonazo, nuestro querido jefe ordenó irse al abordaje, sólo dos hombres le siguieron, dado que el tronar de los cañones del monitor acalló su voz, pocos pasos logró dar sobre la cubierta del buque peruano cuando entregó su alma al Altísimo.

La muerte del comandante, a la vista de todos, causó un impacto moral inmenso, todos quisimos seguirlo en su camino a la gloria a través del martirio... (15) ¡como creció la figura de ese hombre ejemplar tendido en la cubierta del monitor!. Serrano corría por la cubierta gritando ¡al abordaje!. Sus ojos estaban llenos de lágrimas viriles, eran amigos de muchos años y compartían el mismo ardor patriótico, por eso no fue extraño que, al segundo espolonazo, la hermosa figura del Teniente Ignacio Serrano se viera saltar por los aires, seguido de doce hombres.

Todos cayeron acribillados por la metralla. Antes de esa tremenda embestida Uribe había asumido el puesto de comandante, llamó a reunión de oficiales para decidir si echábamos a pique el buque, o luchábamos hasta hundirnos.

La voz de Prat resonaba con demasiada fuerza en nuestras almas, “mis oficiales sabrán cumplir con su deber” había dicho, pensamos entonces que la forma más correcta de cumplir su orden, era luchar hasta morir. Los martillazos secos de un marinero, clavando el pabellón en el mesana, confirmaron nuestra decisión.

Volvimos a nuestros puestos de combate, la verdad es que el cuadro que presenciábamos era desgarrador, la cantidad de muertos y heridos era impresionante; pero, aun así, nuestra gente seguía dando vivas a Chile y manifestaba su decisión de luchar hasta un final sin rendición.

Después del segundo espolonazo nuestra nave prácticamente se encontró inutilizada, no teníamos máquinas y estábamos a medio hundir. En ese momento, vi que un oficial permanecía en su puesto de combate. Era el joven guardiamarina Riquelme, le ordené romper el fuego y su postrer cañonazo, rasgó el cielo de Iquique como el último grito de un puñado de chilenos que, aún hundiéndose, se negaban a hacerlo sin luchar (16).

La “*Mancarrona*” se fue sumergiendo lentamente. ¡Ah! si Uds., la hubiesen podido ver, parecía de fiesta, al flamear las banderas del palo trinquete, la de servicio, como buque de guardia, en el mayor, el gallardete, insignia de oficial de

guerra y, en el mesana, la de jefe de división, siendo ésta la última que desapareció entre las frías aguas del norte.

¿Cómo nos salvamos?, la verdad es que no estoy muy seguro. En la confusión que se produjo cuando las olas cubrieron la nave, me sentí perdido, con una clara sensación de ahogo logré aferrarme a un coy que me llevó de vuelta a la superficie, ¡que felicidad es volver a ver la luz!. Minutos después, el Almirante Grau ordenó arriar embarcaciones y rescatarnos del agua (17). En el monitor se nos trató con respeto y deferencia, lamentablemente no nos fue permitido visitar a Serrano; quien agonizaba a bordo.

Posterior a la batalla de Angamos y gracias a un protocolo firmado entre un representante de Chile y Perú, fui canjeado por el sargento mayor José Ugarteche el 30 de diciembre 1879 (18).

Después de haber pasado la Navidad prisionero en Tarma, podía por fin, embarcarme en El Callao y volver a mi amada patria.

¡Se me olvidaba comentarles algo muy importante!. Estando en prisión recibí un bálsamo para mi adolorida alma, puesto que hasta allá llegó el aviso de mi ascenso a Capitán de Corbeta (19). Dos meses más tarde, en la distancia, mi querido Chile reconocía mis pobres méritos y junto a los demás sobrevivientes de la “*Esmeralda*” nos conferían, por ley del Congreso Nacional, la medalla más preciada que recibí en mis años de marino: la presea “A los sobrevivientes de la *Esmeralda* y la *Covadonga*”, la patria agradecida, me llevaba aliento en la congoja de verme imposibilitado de seguir luchando por el tricolor chileno.

El 20 de febrero de 1880 fui destinado a la Escuadra (20) y poco tiempo después a la segunda comandancia de la cañonera “*Pilcomayo*” nuevamente bajo las órdenes de don Luis Uribe Orrego, ya con el grado de Capitán de Fragata (21).

De ese buque pasé a la “*Chacabuco*”, también como segundo, ahora del comandante Oscar Viel.

Terminado el conflicto bélico, el 21 de mayo de 1884, siendo comandante del “*Amazonas*”, fui ascendido al grado de Capitán de Fragata, nuestra labor fue muy intensa, transportando de regreso a la patria cuanto había sido necesario para estructurar el frente bélico en el norte.

Continué mi carrera naval hasta que el 11 de noviembre de 1887 fui ascendido al grado de Capitán de Navío graduado (22).

Cuando ascendí a ese grado no imaginé el honor que me tenía reservada la destinación como mayor general de la escuadra.

En primer lugar mi superior en ese puesto, volvía a ser don Luis Uribe Orrego, a la sazón Contralmirante y Comandante General de Marina.

Zarpamos juntos, después de nueve años del memorable combate, rumbo al puerto de Iquique. Nuestro destino esta vez, era la bóveda de la catedral, en ese lugar nos correspondió reconocer los restos de nuestro jefe, don Agustín Arturo Prat Chacón, de nuestro amigo Serrano y del bravo Aldea.

El 14 de mayo de 1888 los restos de estos héroes se embarcaban rumbo a su destino final en Valparaíso. Una hermosa capilla ardiente que fue levantada en su honor, se podía observar, incluso, desde los cerros del nortino puerto.

El 21 de mayo, a las 8 de la mañana, el estruendo de los cañones del fuerte Bueras despertó a la población de Valparaíso. ¡Una sola buena nueva recorría las calles, Prat y sus hombres llegaban al puerto, llegaban por fin a la que sería su última y definitiva morada, el hermoso mausoleo-monumento erigido con aportes voluntarios del pueblo chileno!.

La recepción fue apoteósica; las calles estaban atestadas de gente gritando vivas a la patria y a los héroes que retornaban a su tierra; la plaza Sotomayor estaba embanderada igual que un 18 de setiembre; las sirenas de las naves surtas en la bahía, cantaban al viento su alegría. El Presidente de la República, don José Manuel Balmaceda, electrizó a los presentes con palabras cargadas de amor patrio y admiración. Me permito leerles un trozo de el brillante discurso que pronunció:

“Prat y sus compañeros de heroísmo y de sacrificio han recorrido con su fama hasta los últimos confines de la tierra. Aquellos espíritus descansan ya en la mansión donde reposan los grandes capitanes y bienhechores del género humano. Yo los evoco, para rendirles el homenaje de un pueblo que los bendecirá por los siglos de los siglos”(23).

Un gran ¡Viva a Prat! y a sus hombres sacudió hasta las mismas bases del monumento, sesenta mil gargantas aclamaban a nuestros compañeros de armas y sus palmas al viento estremecían nuestros pechos, provocándonos una profunda emoción.

Esos recuerdos no se borraron jamás de mi mente ni de mi corazón.

Comandante Prat, mi Comandante, un pueblo entero se pone de pie ante su ejemplo, di y hasta siempre daré gracias por haber sido escogido para formar parte de su dotación, jamás renunciemos a cumplir su última orden. Nuestro sagrado pabellón, como usted bien lo sabe, continuó flameando en su lugar hasta que desapareció en la mortaja de la espuma salobre del mar de Iquique.

Bueno, pero volvamos a nuestra relación, luego de cumplido este hermoso y emocionante deber con nuestro inolvidable Comandante y camaradas de armas, retomamos nuestras labores de rutina. La superioridad naval me confió nuevamente la comandancia del “*Amazonas*” y, luego de un corto tiempo, me nombró comandante del ya histórico y legendario monitor “*Huáscar*” (24).

El 18 de abril de 1890, cuando el ambiente político del país comenzaba a enturbiarse y mis compatriotas se dividían irremediabilmente entre balmacedistas y congresistas, fui destinado como adicto naval de la legación de Chile en los Estados Unidos (25).

Encontrándome en ese país se produjo la guerra civil de 1891. Las noticias que acerca del suceso recibía a través de la prensa americana eran del todo deficientes, confusas y contradictorias.

Una de ellas señalaba que nuestra escuadra se había levantado contra el poder ejecutivo, plegándose al movimiento congresista.

Como marino y como chileno lamenté tan inesperada noticia y estimé que debía continuar con la misión que se me tenía encomendada, esperando el desarrollo de los acontecimientos.

El 27 de febrero de 1891 la legación de Chile en Europa me dio la orden de trasladarme a París y ponerme a las órdenes del ministro de Chile en Francia, don Carlos Antúnez. El señor ministro me ordenó acudir al puerto de Tolon donde el Almirante don Juan José Latorre me ordenó asumir la comandancia del “*Errázuriz*”, crucero en construcción, casi listo para ser incorporado a la lista naval (26).

En este puesto y bajo la presión de saber que en Chile ocurrían sucesos políticos decisivos para mi futuro y el de la nave confiada a mi mando, me dediqué por entero a la tarea de ultimar los detalles para su pronto zarpe.

La absoluta falta de oficiales sumada a la permanente y hostil actividad de comites revolucionarios abordo, fueron problemas que me aquejaron fuertemente.

Finalmente, luego de contratar oficiales ingleses y españoles y tripulantes de las mas variadas nacionalidades, el 27 de julio de 1891 logré zarpar hacia mi

adolorida patria. Durante la navegación hube de enfrentar conatos de motines, sabotaje a las máquinas y toda suerte de situaciones límite, impropias de la normal vida abordo (27).

A mi recalada en Bahía, fui recibido por las autoridades locales con los honores de reglamento, me desplazé a Rio donde pude inquirir mayores detalles de los acontecimientos ocurridos en Chile.

Las noticias fueron inquietantes, se decía que había triunfado la revolución congresista. A mayor abundamiento, ese mismo día recibí un telegrama del señor Alvaro Bianchi Tupper, ministro de Chile en Buenos Aires, donde me comunicaba que las fuerzas congresistas habían tomado el gobierno y que se me invitaba a reconocer las nuevas autoridades.

A pesar de no estar muy convencido de la veracidad de esas informaciones y siempre temiendo que pudiera ser un ardid para evitar que mi buque se sumara a las fuerzas navales leales al presidente, contesté lo siguiente:

“Señor Alvaro Bianchi Tupper. Rio de Janeiro, perteneciendo esta nave a la nación, obedecerá siempre órdenes del gobierno y, en tal caso, espero órdenes del nuevo gobierno.”

La respuesta llegó prontamente disponiendo recogiera un grupo de chilenos afectos a la causa congresista. Esta orden me llenó de inquietud e inseguridad de que realmente hubiera emanado de autoridades formalmente constituidas, razón por la cual me dirigí a Maldonado, Uruguay, para tratar de tomar contacto directo con personeros de gobierno que me dieran la certeza de estar obedeciendo al nuevo gobierno.

Este movimiento despertó las peores sospechas de mi posición frente a la causa congresista; ya en Maldonado, pude confirmar las noticias que había conocido en Rio, envié, el día 12 de setiembre, el siguiente telegrama al nuevo Presidente de la República:

“Presidente de la República de Chile: accidente de máquinas obligó recalar Maldonado, ruego a V.E. indicarme ministro u otra persona en Buenos Aires para recibir órdenes. Espero contestación, Montevideo. - Sánchez, comandante del “*Errázuriz*” (28).

Aún sin haber recibido repuesta podía imaginarme ya el fin de mi carrera naval, en breve tiempo debería abandonar la comandancia del buque, considerarme desterrado de mi patria y esperar una situación mas propicia y tranquila que me permitiera volver a ella sin peligros ni vejaciones.

Así fue como ocurrió, entregué el mando al Capitán de Corbeta Eduardo Valenzuela y fijé residencia en el puerto argentino.

Pasado un tiempo prudencial y teniendo noticias que en Chile los ánimos se habían parcialmente calmado, solicité al Sr. Embajador, que firmara un certificado donde se dejaba claramente establecido el procedimiento que seguí una vez avisado oficialmente del cambio de gobierno en Chile.

No encontrándose objeción alguna por parte de la superioridad de la Armada a mi conducta, fui autorizado, no sólo para regresar a Chile, sino que en 1893, fui reincorporado al servicio (29).

Mi carrera continuó, no sin algunos amargos momentos en mi relación con algunos miembros de la Institución.

El 13 de julio de 1899 fui nombrado Comandante del Depósito General y el 21 de noviembre obtuve mis despachos como Capitán de Navío graduado. Con ese grado me desempeñé como Jefe del Apostadero Naval de Magallanes.

De esos años recuerdo con especial cariño las obras que realizamos para levantar el Hospital del Apostadero, así, entre la Armada y la Junta de Beneficencia Pública, solucionamos un grave problema de salud que afectaba no sólo a nuestro personal, sino que a la comunidad magallánica toda.

Repuesto de algunos problemas de salud me desempeñé como gobernador marítimo de Valparaíso, Director interino del Material y Jefe de la Oficina de Defensa de Costa y Obras Hidráulicas, en este cargo se me confirió el ascenso a Contralmirante, grado que ostenté orgullosamente hasta el 25 de octubre de 1904, fecha en la cual se me concedió el retiro absoluto de mi querida Institución. Había servido en sus filas durante algo más de 39 años de mi vida, combatido en dos conflictos bélicos, haciéndome merecedor a seis medallas, de ellas, cuatro de guerra (30).

Un manto de olvido cubrió mi memoria, incluso mi participación en el Combate Naval de Iquique, peor aún, un manojo de mentiras se confabularon en mi contra. Lamentablemente con mi querida esposa, doña María Urriola, no dejamos descendencia que enfrentara estas difamaciones. Entre otras ignominias se dice que yo era el segundo comandante de la "*Esmeralda*" y no Uribe como consta en los documentos oficiales. Ahora bien, en el supuesto de que efectivamente yo hubiese sido el segundo comandante, dicen mis detractores que habría sido relevado de mi cargo y hecho prisionero por haber sugerido a nuestro comandante la rendición de la nave. ¡Por favor!, revisen el parte de Uribe o las cartas que los sobrevivientes

enviamos, en ninguno de estos documentos se encuentra ningún comentario, por pequeño que sea, de que alguien, oficial o tripulante, hubiese sugerido jamás tal traición a la patria.

Por otra parte, ¿habría aceptado Uribe que yo fuese su segundo comandante el resto del combate si lo había comenzado preso por cobarde?, y siendo así, ¿me habrían conferido mi ascenso a Capitán de Corbeta estando prisionero?, ¿me habrían entregado la medalla a los sobrevivientes de Iquique?, ¿me habrían integrado a la recepción, con todos los honores, a nuestro regreso a Valparaíso?, ¿habría aceptado Uribe, años más tarde, que yo me desempeñara en el cargo de su segundo comandante en la cañonera “*Pilcomayo*”? Siendo él su Comandante, perfectamente podría haber solicitado mi relevo sin mayor dificultad.

Finalmente, Uribe ya almirante y jefe de la Escuadra, ¿habría aceptado que yo concurriera con él, como su subordinado directo en el cargo de mayor general, a traer de regreso a Valparaíso, nada menos que los restos de nuestro héroe, don Arturo?. ¿No lo habría considerado una ofensa a la memoria de nuestro ilustre jefe? (31).

Es evidente que los infundios que propalaron en mi contra son manifestaciones innobles de personas que no saben o no desean saber la verdad. Las causas de esta situación no pueden encontrarse sino en los oscuros años de fin del siglo XIX, cuando los vientos huracanados de las pasiones políticas, tuvieron lamentables repercusiones en los corazones de chilenos y compañeros de armas, allí puede encontrarse la raíz de esos tristes comentarios.

Sin embargo, y a pesar de todo lo obrado en mi contra, muchísimos años después, un día 10 de octubre de 1985, el Almirante José Toribio Merino Castro, reparó en parte el daño que se había hecho a mi memoria y ordenó trasladar mis restos desde el mausoleo de la familia Valdés, en Santiago, al monumento a los héroes en Valparaíso.

En ese lugar, el Almirante Jorge Martínez Busch tuvo a bien, un 21 de mayo reciente, relatar brevemente mi triste historia al Presidente de la República y a todos los chilenos que escuchaban sus palabras dentro de la sagrada cripta.

Bueno, ya no me queda más que contarles, la historia será la encargada de investigar mi vida; sólo me resta agradecerles una vez más su paciencia para escuchar el testimonio de este viejo marino que desde su morada eterna se los ha relatado.

Soy Francisco Segundo Sánchez Alvaradejo, Almirante de la República de Chile; un 21 de mayo de 1879 era el tercer oficial abordo de la “*Esmeralda*” de Prat, recibimos una orden y la cumplimos hasta que el buque se hundió en las aguas. En la

actualidad nadie me recuerda, algún día se hará justicia a mi nombre, soy Francisco Segundo Sánchez Alvaradejo.

Notas documentales y bibliográficas

- 1.- Revista Chilena de Historia y Geografía N° 147 año 1979. Ensayo del académico chileno de la historia CN Rodrigo Fuenzalida B. “El Contralmirante Francisco 2° Sánchez A.”, p. 28.
- 2.- Hoja de servicios del Archivo de Cadetes de la Escuela Naval “Arturo Prat”.
- 3.- Id. Nota N° 1.
- 4.- Hoja de servicios, p. 3 copia del libro N° 7 “Hojas de servicios de oficiales. Folio 373” del Archivo de la Dirección General del Personal de la Armada de Chile.
- 5.- Id. Nota N° 6.
- 6.- Id. Nota N° 1 p.30.
- 7.- Id. Nota N° 6.
- 8.- Id. Nota N° 6, pp.3 y 4.
- 9.- Id. Nota N° 6, p. 4.
- 10.- “Marinos Ilustres y destacados del pasado”, Rodrigo Fuenzalida B. p.208.
- 11.- Id. Nota N° 6, p. 1.
- 12.- Id. Nota N° 6, p.5.
- 13.- Id. Nota N° 13, p. 209.
- 14.- Id. Nota N° 6, p. 6.
- 15.- Id. Nota N° 1, p. 40
- 16.- Id. Nota N° 1, p. 42
- 17.- Id. Nota N° 1, p. 43.
- 18.- Id. Nota N° 1, p. 46.
- 19.- Id. Nota N° 6, p. 10.
- 20.- Id. Nota N° 19.
- 21.- Id. Nota N° 6, p. 7.
- 22.- Id. Nota N° 17.
- 23.- Id. Nota N° 20, pp. 442 a 450.
- 24.- Id. Nota N° 6, p. 8.
- 25.- Diario “La Patria”, Valparaíso, abril 7 1892, Crónica de Francisco Sánchez A. Titulada “El Viaje del Presidente Errázuriz”.
- 26.- Id. Nota N° 32, p. 3.
- 27.- Id. Nota N° 32, p. 8.
- 28.- Id. Nota N° 32, p. 10.
- 29.- Id. Nota N° 32, p. 11.
- 30.- Id. Nota N° 6, p. 9
- 31.- Id. Nota N° 13, pp. 210 y 211.